

Una reflexión crítica acerca de la Antología de Cobo Borda

EDUARDO MILAN*

Un gran riesgo supone emprender la aventura de registrar una antología de la poesía hispanoamericana, sea cual sea el límite que se le otorgue a los elegidos en cuanto a nacimientos o a generaciones. La última que recuerdo es la *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea, 1914-1970*, de José Olivio Jiménez, publicada por Alianza Editorial en 1971, que planteaba una serie de dudas que no vienen al caso repetir aquí, dudas que podrían tener su origen en el hecho de que el antologador era español. En este caso, dado que el antologador es colombiano, el poeta y crítico Juan Gustavo Cobo Borda, el riesgo radica justamente en que la tarea a emprender es monumental: cómo unir, bajo qué óptica, una pluralidad de voces como las de los poetas hispanoamericanos, bajo un denominador común que como el puente, el gran puente de Lezama Lima, ¿no se le ve? En su extenso prólogo, que más que como un prólogo unitario habría que verlo como una fusión de ensayos breves, Cobo Borda va y regresa buscando en líneas previsibles para intentar un denominador común. Eso es notorio en lo que respecta a las raíces de la poesía hispanoamericana contemporánea. Antes que nada, hay que decir que Cobo Borda eligió poetas nacidos entre 1910 y 1939. El crítico colombiano ubica el nacimiento de la poesía hispanoamericana en Rubén Darío y en el modernismo, lo cual a todas luces es correcto y real: Darío es el iniciador, el devorador antropófago de la poesía europea, especialmente de la francesa y el correo idóneo que trajo las buenas for-

* Poeta y crítico uruguayo, residiendo en México.

mas nuevas a América Latina. El gran Rubén, todavía vilipendiado y recientemente asegurada su fama entre nosotros, sobre todo a partir del momento en que se ubica su aventura poética bajo el signo de la forma. Darío es, como Mallarmé, un *designer* del lenguaje, más allá de lo puramente temático de sus poemas que mucho debían al simbolismo francés. Creo que Octavio Paz lo llama fundador; Borges lo llama libertador, paradójicamente tratándose del narrador argentino, y acerca la poesía a Bolívar.

Cobo Borda realiza un recorrido a través de la vanguardia en Hispanoamérica y llega a la famosa antología denominada *Índice de la poesía americana*, que firmaron, en 1926, Alberto Hidalgo, Jorge Luis Borges y Vicente Huidobro. Naturalmente, el quintacolumna esencial que había en esa antología era el propio Jorge Luis Borges, quien, ni lerdo ni perezoso, renegó de sus principios vanguardistas inmediatamente. Renegar está bien: es de justos, pero volver a un neoclasicismo melancólico y pretendidamente esencialista, como lo hizo Borges en su poesía, es, por lo menos, discutible. Pero allí estaba él, al lado de Huidobro. Y eso es importante. Acto siguiente, Cobo Borda se remonta a España y a la antología de Gerardo Diego, *Poesía Española 1915-1931* (1936), buscando siempre orígenes para plantear el diálogo con nuestros abuelos españoles. Posteriormente, va hacia la antología de Laurel, preparada por Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, Emilio Prados y Juan Gil-Albert, que apareciera en México en 1941. En estas tres selecciones estarían reunidos los poetas que influyeron de una manera o de otra en la poesía hispanoamericana contemporánea, desde el punto de vista de un rastreo diacrónico. Por esas tres selecciones pasó lo mejor —y a veces lo peor— de la poesía escrita en lengua española hasta bastante entrado el siglo.

Brillantez sin centro

Sorprende en todo el prólogo de Cobo Borda su vasta documentación y acopio de materiales que en conjunto tejen un organismo crítico vivo. Seguir su panorama es revivir, releer históricamente distintos momentos de nuestra lírica. Sin embargo, puede notarse casi siempre la falta de un centro que ordene la discusión. Porque, en efecto, decir que la poesía hispanoamericana nace con Darío, se renueva en las vanguardias de los años veinte y luego se profundiza en una serie de maestros, no es otorgarle un centro al problema.

Sobre esto último, existe, a mi entender, una grave omisión: la situación de los maestros posteriores a la vanguardia por parte de Cobo Borda.

Decir que el surrealismo pudo haber alimentado por igual a Octavio Paz y a Enrique Molina o a gran parte de la obra de Emilio Adolfo Westphalen, de Alvaro Mutis, no es agregar nada nuevo y sí no delimitar territorialmente las poéticas de estos tres distintos y muy distintos escritores. En el caso de Molina es clara la influencia surrealista porque eso se ve en el lenguaje. Pero ¿y en Octavio Paz, que siempre ha dicho que el surrealismo lo tocó como ética más que como visión de la palabra? Una cosa son los temas —que, por otra parte, en su mayoría son los mismos desde el nacimiento de la poesía— y muy otra el tratamiento de esos temas en el lenguaje poético, que, a fin de cuentas, es lo único que queda: la artesanía verbal. Estas objeciones a la antología de Cobo Borda radican creo, en el presentimiento de que las agrupaciones que eligió para ir bordando su “mapa” se basan meramente en la diacronía y en la similitud temática. Otro cantar hubiera sido que buscara cercanías por la forma, es decir, por propuestas poéticas similares. Eso en cierto modo, hubiera sido ser fiel al libertador (Darío) y a las renovaciones (vanguardias) que, como bien lo explicita él mismo, fundaron nuestra poesía. Hay líneas evidentes en ese sentido: Paz, Juarroz, Eielson, Lihn, Vitale, Yurkievich, Montes de Oca, podían ser una agrupación de poetas que consideran la materia verbal autocrítica como piedra de toque para su poesía. En esa misma línea entraría Gerardo Deniz, que no está antologado. ¿Por qué no figura Gerardo Deniz? Pero así podrían trazarse muchas líneas de fuerza. Quiero decir con esto que, cuando no se delimitan ciertos modelos desde el arranque mismo, los resultados quedan siempre relegados al azar del gusto del antologador, a las “voces representativas” o a las individualidades que escapan a toda definición y por eso mismo se incluyen.

La apuesta por los jóvenes

Desde otro ángulo, es loable la selección de poetas jóvenes (titubeo en no ponerle comillas a esta última palabra) porque eso significa apostar y apostar es arriesgar. Esto es frente a poetas seguros, como los más consagrados que ya ocupan sobradamente un lugar en la antología (caso de Paz, Lezama Lima, Westphalen, Juarroz, Gonzalo Rojas, Nicanor Parra —aunque Parra es negado y renegado por estas latitudes—, Mutis, y otros que se me escapan) se apuesta

por voces relativamente nuevas pero sí no completamente reconocidas; Francisco Cervantes, Oscar Hahn —excelente poeta chileno—, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, Guillermo Sucre y otros. Y por uno prácticamente desconocido fuera de Colombia, el poeta Giovanni Quessep, autor de un texto que sí fuera en la antología, memorable: "Canto del extranjero". Apostar por Cervantes es apostar por la posmodernidad, por una poética que no se niega como "reaccionaria" a las nuevas fórmulas algo ya manidas y retóricas. Elegir a Pacheco es optar por un equilibrio formal que nunca se ha traicionado. Gabriel Zaid es autor de una poesía donde el humor recuerda ciertos lineamientos antipoéticos prácticamente inexplorados en México. Y Guillermo Sucre posee una respiración lírica, de verdadero *sintaxier*, que lo vuelve distinto. Y para seguir con apuestas, Cobo Borda se juega por una que en mi modesto criterio es pérdida segura: la inclusión del cubano Roberto Fernández Retamar, poeta que al lado de sus compatriotas antologados (Lezama, Diego, Vitier, Marruz) palidece hasta desaparecer. Es una inclusión que verdaderamente no me explico, porque cuando se juntan padres e hijos lo que se pide a estos últimos es que mantengan una tradición o que por lo menos la rompan. Y Retamar rompe sí una tradición: la tradición de calidad.

Sincronía y pluralidad

Lo que se nota sobradamente a través de la lectura de esta antología de Cobo Borda es un decrecimiento en el nivel de experimentación con el lenguaje a medida en que los textos antologados avanzan. Salvo excepciones, los más cercanos en el tiempo están volviendo al pasado formal de nuestra poesía. ¿Pos-modernidad? Tal vez. Habría que seguirle la pista a los más jóvenes, esto es, los que ya están pero no figuran, por razones de edad, en la antología. Pese a los reparos hechos a su antología en este texto, pienso que es muy justificable el trabajo de Cobo Borda. La empresa era ardua. Pero el colombiano sale adelante merced al buen gusto, a la amplia documentación y al intento no siempre completamente logrado, de volver sincrónica una realidad tan plural como la de la lírica hispanoamericana.

Antología de la poesía hispanoamericana, Selección, prólogo y notas de Juan Gustavo Cobo Borda, FCE, 1985, México.